

LA INTEGRIDAD NACIONAL.

DIARIO POLITICO.

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID.—Un mes, 3 rs.—Un trimestre, 22.—Seis meses, 42.
PROVINCIALES.—Tres meses, 20 rs.—Seis meses, 54.
EXTRANJERO.—Tres meses, 60 rs.—Seis meses, 110.
Se admiten anuncios y comunicados á precios convencionales.

DIRECTOR:

ANTONIO G. LLORENTE.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Redaccion y Administracion, calle de la Farmacia, 13, principal.
Librerías de Durán, Leocadio Lopez, San Martin y Universal.
Los pedidos de provincias han de hacerse directamente á la Administracion de Madrid, con remesa de su importe en libranzas ó sellos de franqueo.

CÓRTEES CONSTITUYENTES

Extracto de la sesion celebrada el día 6 de Junio de 1870.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RUIZ ZORRILLA.

Abierta la sesion á las dos y media de la tarde, leyóse y fué aprobada el acta de la anterior.

El Sr. Madoz presentó varias exposiciones de Madrid y otros puntos pidiendo se eligiera el día de la Victoria.

Otros señores diputados presentaron diferentes exposiciones.

Díase cuenta del fallecimiento del diputado señor Barreiro.

Entróse en la orden del día y se puso á discusión el proyecto de ley ampliando la red de ferrocarriles.

El Sr. Jimeno habló en contra, exponiendo razones de economía que eran contrarias á ese proyecto, con el cual se recargaba al Tesoro con pagos cuantiosos por subvenciones.

El Sr. Gomis, de la comision, defendió el proyecto, el cual se había redactado en vista de las escitaciones de la mayor parte de las provincias, que con razon reclamaban el beneficio de las rápidas comunicaciones tan necesarias para el desarrollo de los intereses todos.

Rectificaron los oradores, y se suspendió esta discusión.

Continuó la discusión sobre el proyecto de ley de eleccion de monarca.

El Sr. Calderon y Herce dice ante todo, que debe desecharse el voto particular del Sr. Rojo Arias.

Hace además algunas brevisimas observaciones sobre los artículos 1.º y 7.º del dictamen de la mayoría.

El Sr. Gil Sanz le replica brevemente.

El Sr. CÁNOVAS DEL CASTILLO: Al usar de la palabra hoy, lo primero que me preocupa es la cuestion doctrinal que envuelve este proyecto, la más importante de las cuestiones de derecho publico, con arreglo á cuyos principios yo hallo inaceptable el dictamen de la mayoría de la comision, y por eso no le he dado mi voto.

No hay que negarlo, señores; en el seno de la comision hay dos tendencias distintas que han venido á unirse para formar un proyecto contradictorio. Hay una tendencia, la defendida aquí por el Sr. Rodríguez, que cree que la creacion de una dinastía es un asunto de índole igual á otro cualquiera; que la ley de eleccion de monarca es como cualquiera otra ley, y revocable como ella en todo momento. Yo no diré cuáles son y cuán profundas las diferencias que me apartan de esa opinion; para mí, y más en un caso esencialmente monárquico como España, la creacion de una dinastía, que es la representación de la monarquía, vale tanto como la constitucion integral del Estado. No pretendo hoy convencerlos de estas opiniones, y las expongo solamente para que se conozca uno de mis puntos de partida.

Pero al lado de este criterio del Sr. Rodríguez hay en la comision otro conservador, que acaso podría calificarse de excesivo. Parece que hay personas en ella que piensan, que es tal la fuerza de la institucion monárquica, fuese como se forme basta para realizar sus altos fines. Ese sentimiento que se revela también, sin duda en el clamor general que pide rey á toda costa, peca de excesivo en el proyecto.

Y es que hay en el corazón de nuestra patria una funesta flaqueza, un espacio de imprevision que nos impulsa, cuando nos hallamos mal con ciertas actitudes, á buscar sin el suficiente exámen en otras al remedio de nuestro malstar; y esta flaqueza es la que inspira entre nosotros ese grito tan frecuente que dice, «todo antes que esto». Señores, que hace falta monarca, ¿quién le puede dudar entre los diputados monárquicos? ¿Quién tampoco puede dudar de mi sincero deseo en este punto? Pero yo no quiero monarca de cualquier manera; yo no puedo tener fe en una dinastía que no tenga base sólida, que no resista á las tempestades; yo quiero la monarquía, y no hay quien me adelante en ese sincero deseo; pero la quiero con raíces bastantes para desahogar por mucho tiempo las tempestades revolucionarias.

Y es una monarquía de esa especie la que puede surgir del proyecto que discutimos? Todos conocéis aquí mismo la monarquía tradicional, lenta y laboriosamente formada, la monarquía salida de las profundidades de la historia; todos conocéis por el ejemplo de otro pueblo vecino lo que es la monarquía del sufragio universal, la monarquía del plebiscito, la que se apoya en millones de votos y se presenta con ellos á los embates del poder legislativo; esa es la monarquía francesa de hoy; sobre ella, sobre diez millones de votos bien puede constituirse un poder que desahogue las pasiones indisciplinadas de las minorías, que pueda hacer frente al juego de las instiduciones liberales, naturalmente expuesto á perturbaciones violentas. Por último, en la Europa moderna se ha conocido también la que ha podido llamarse monarquía doctrinaria, la monarquía que se crea por delegacion y se forma en las Asambleas deliberantes como ésta. Imposible es ocultar que esta última manera de constituir dinastías es la más débil y transitoria; pero las situaciones políticas de los países pueden hacerla necesaria.

Pues bien; yo no niego que en ese caso nos hallemos; pero ya que nos vemos obligados á crear la monarquía por el sistema porque ha de resultar más débil, ¿no exigen la prudencia

el patriotismo que, dentro de ese mismo sistema, se haya de todo lo que pueda hacerla más flaca? Recordad, señores, lo que ha pasado en otros países que se han visto como no otros en la necesidad de elegir monarca, y vereis que el rey Leopoldo de Bélgica en una Cámara de 200 votantes fué nombrado por 152 contra 33 que dieron su voto á otros candidatos ó que se abstuvieron; que en Francia Luis Felipe obtuvo 219 bolas de 252 votantes, siendo 300 los que componían el Cuerpo Legislativo, y una mayoría análoga alcanzó en la Cámara de los Pares. Y sin embargo, ¿no sabéis cuántas veces se echó en cara á la liberal monarquía de Julio que tuviera solo la representación de 219 votos? ¿No sabéis que el no haber acudido á las asambleas primarias, ó al sufragio universal, ha sido el remordimiento constante de alguno de los principales mantenedores de esa monarquía?

Ya que se adopte este medio parlamentario, ¿por qué no establecer en la ley la necesidad de las grandes votaciones? Si se cree imposible que por 89 votos haya quien acepte la corona, y hasta se duda de la legitimidad del que así resulte elegido, si esta es la realidad, ¿por qué no ha de consignarse en el proyecto que el rey nombrado ha de serlo por una votación bastante numerosa? Pues qué, ¿se ha de dejar la alta investidura de jefe del Estado al azar de que un candidato tenga ó no, como decía el Sr. Rodríguez, vergüenza para aceptar la corona que se le ofrezca en las condiciones que indicaba S. S.? ¿O queréis que el país, en el mismo día que ese rey se esté coronando, le pregunte si tiene ó no vergüenza? Si está en la conciencia de todos que solo una gran votación puede producir rey, establezcáse así en el proyecto; pero si se cree que basta un corto número, dígaselo también con franqueza.

¿Y qué argumentos se hacen contra la tesis que estoy desarrollando? ¿Que la Cámara está dividida, que en el seno de los partidarios de la revolucion de Setiembre, no ya de los que nada temen que ver con ella, no hay unidad para devolver al país la monarquía que se le ha arrebatado? ¿Y que culpa tiene de esto la posteridad, para que le demos un rey transitorio? ¿No hay acuerdo entre vosotros, señores de la revolucion de Setiembre? Pues formémosle.

Si todos queréis la monarquía y tenéis fe en esa institucion; si todos concebís el problema como yo lo concibo, ¿tan poco patriotismo tenéis los que votasteis la monarquía, la Constitucion y la regencia, que no podéis poner de acuerdo como entonces para darle al país una fuerte monarquía hereditaria? Y aun que aleguéis la presion que ejercen las quejas del país, aunque yo tenga en cuenta ese clamor, ¿es egoísta e inconsciente que os pide que resolváis la cuestion monárquica de cualquier modo, vosotros, legisladores prudentes, debéis decirle: «No, sólo habrá rey cuando pueda haberlo de una manera conveniente.»

Señores, ha llegado para todos la hora de la franqueza, la hora de proclamar lealmente cada uno sus opiniones; y yo, que no he llamado jamás sino por deberes de patriotismo, no he de callar ya en estas circunstancias. Conozco que á lo que voy exponiendo pueden hacerse dos objeciones. Primeramente, los males de la interinidad, que son ciertos e indudables. Ya he indicado que, cualesquiera que sean, nunca serán tan graves como la creacion de una dinastía que no responda por su fuerza y las condiciones de su origen á los elevados fines que ha de llenar. Pero ahora voy más adelante. ¿Es cierto, por ventura, que los grandes males del país tienen su origen en la interinidad? Yo lo niego resueltamente. La organizacion constitucional, política y administrativa que le habéis dado, es imposible que produzca de ningún modo el orden y la tranquilidad que echan de menos las clases conservadoras.

¿Ah señores diputados! Si os atentamente ese clamor que sale del fondo de nuestra sociedad, vereis que no significa sólo el deseo de que se corone el edificio. Ois ya hablar de monarcas de acero. Si es ese el verdadero sentimiento del país, no debo negarlo; lo que se quiere es un monarca de acero, una fuerza que luche con la demagogia que todavía existe, que repenga los elementos conservadores en el lugar en que deben estar.

Hoy, en el sistema establecido, con el desenvolvimiento político y administrativo que habéis dado á la Constitucion, con la ley de orden publico, con las leyes de ayuntamientos y diputaciones, de poco ó nada sirve la institucion del monarca. La historia con elocuentes ejemplos acredita esta verdad. Rey había del 20 al 22, y sin embargo las clases conservadoras, y con ellas la inmensa mayoría del país, aceptaron para destruir aquel régimen, que pugaba con sus sentimientos, hasta el miserable recurso de la invasion extranjera. Y durante la regencia del Duque de la Victoria, á quien todos respetamos, á pesar de estar ocupado el trono, ¿no fué esta nacion un verdadero campo de Agramont?

Desde el 54 al 56 volvió á aplicarse cierto sistema, aunque no tan democrático como el que hoy tenemos; y por ventura no nació también de allí la anarquía, ó por lo menos no sentisteis, señores liberales avanzados, el rumor de las clases conservadoras que á toda costa pedían la represion, que á todo trance pedían que se diera la batalla y que cesara aquel estado? Pues esos mismos deseos forman hoy la voz ronica que clama en nuestros oídos contra la interinidad.

Yo no niego que habrá muchos que sinceramente crean ver el remedio en el coronamiento del edificio; pero yo examino el hecho general, y digo que con el régimen político que hoy existe, bajo el punto de vista de mis

principios, poco ó nada importa la institucion de monarca.

Por eso, con la franqueza que me es propia, os he anunciado ya en otras ocasiones esto mismo, pidiéndolos que, separados por mucho tiempo del gobierno, habituados á ver siempre en él á un enemigo, al hallaros ahora en contacto con las necesidades de la política, modificárais vuestras opiniones. Os he manifestado á la vez que no me asustaba el desmoronamiento de los principios consignados en la Constitucion, si no desarmárais al gobierno con vuestro sistema.

Por eso he estado esperando en mi sitio la organizacion definitiva de las que llamáis conquistas de la revolucion, para ver si vuestra obra definitiva respondía á las necesidades del país, á lo de apoyar en ese caso vuestra obra, ó conservar, en el contrario, integramos mis opiniones para modificar, cuando sea posible, lo que era incompatible con el régimen establecido. En mi sentir, antes que coronar el edificio constitucional, lo que viene luciendo falta mucho tiempo ha es tener Gobierno, cosa que no pueden hoy darnos los señores que se sientan en el banco azul.

En este concepto, yo me atrevo á preguntar al Gobierno de S. A.: ¿por qué sinceramente que con la organizacion actual se puede gobernar? Si lo cree tomará desde luego el compromiso de no salirse de las leyes, sean cuales fueren los sucesos que puedan sobrevenir; si no acepta ese compromiso, es sin duda alguna porque no tiene fe en el régimen político actual. No estamos ya en aquel periodo provisional en que, no habiéndose hecho las leyes, tenía el Gobierno que sobreponerse á todo para atender á las necesidades más apremiantes del país. No hay que recordar hechos pasados, en los cuales yo he estado al lado del Gobierno, por más que en ellos la legalidad haya estado de parte de los que violentamente protestaban.

El mismo Gobierno tuvo que declarar que la salud pública le exigía el salirse de las leyes; pero ahora no estamos en ese caso, porque se han formulado ya nuevas leyes, por más que yo las considere insuficientes para la salvacion del orden. Y como no es posible estar siempre bajo lo arbitrario, tengo derecho á exigir una de las cosas: ó que el Gobierno declare que no usará de facultades arbitrarias para conservar el orden publico, ó que traiga antes que se retire esta Cámara cuantas leyes necesite para el caso.

Para quien de este modo considera la cuestion de la interinidad, tiene ésta que presentar hoy distinto aspecto que para los que piensan que todo se puede remediar saliendo de ella. El monarca, señores, es también, á la verdad, un gran poder moderador; mas teniendo en cuenta la actual organizacion de nuestros partidos, espero que me digáis, si el rey que venga tendrá la fuerza que ha menester para servir de poder moderador. No digo más sobre este punto, bastándome dejar consignado que reconozco como el que más la conveniencia de crear ese poder á título de moderador, pero que no tengo la fe que otros, ni aún bajo este aspecto, en la cesacion de la interinidad. La tendría si el edificio se coronara con un poder subsistente; pero si el monarca que traigais no lo es, quizá en vez de un elemento de orden sea un nuevo motivo de perturbacion.

Hay en todo lo que voy diciendo aserciones que están en relacion con los principios que he sustentado desde que he tenido la honra de formar parte de esta Cámara. Mis palabras de ahora son una consecuencia del discurso que pronuncié al discutirse la Constitucion del Estado, y de lo que dije en el año anterior con motivo de una alusion de mi amigo particular el señor Castelar, para explicar mi posicion.

Voy á entrar ya en otro género de explicaciones, con las que daré fin á mi discurso. Seria inútil el disimulo, si lo pretendiera, que no lo pretendo, porque ha llegado, como he dicho, la hora de la franqueza, y usaré de ella. A los que sostienen que no puede formarse una dinastía sin una gran votacion, se les hace el cargo de que tratan de dilatar con eso el nombramiento de rey y examinando este supuesto, cada cual le atribuye luego el fin político que le parece.

Para mí, el que deseo que la revolucion de Setiembre desaparezca con todas sus consecuencias, debe aspirar á que se forme una monarquía transitoria y sin raíces en el país; que se haga algo de cualquier modo, que no pueda resistir á los embates reaccionarios que han de venir.

Por el contrario, los que quieren que la revolucion no se malogre, no pueden desear que salga de aquí un monarca sin una mayoría compacta y robusta. La dinastía simpática á los enemigos de la revolucion debe ser precisamente aquella que sólo salga de este sitio por 89 votos, y que dé lugar á discutir después si tiene ó no vergüenza el que la acepta.

Por mi parte, y aquí entro en mis explicaciones personales, bien sabéis que no he pretendido jamás pasar por admirador ni por amigo de la revolucion. Sin embargo, ageno á ella y haciendo justicia á las circunstancias, la aceptaría en sus consecuencias si estas respondieran al bien de mi país. No podéis contarme por tanto entre los que hacen política pesimista, cuando esa política puede comprometer los intereses sagrados de la patria.

Examinando de una manera seria la cuestion, veo que hay respecto de este asunto tres ó cuatro tendencias, que se contradicen y debilitan la fuerza inmensa del principio monárquico. El deseo de terminar cuanto antes la situacion en que nos encontramos, ha llevado al seno del partido carlista, que parecia ya difunto, una parte del país, aun del que era

liberal poco tiempo há. Al lado de esa gran corriente monárquica hay grandes y poderosísimos elementos monárquicos adictos todavía á la dinastía caída. (Rumores.) Quizá tendré que decir aún cosas menos en armonia con vuestras opiniones que esta, y sin embargo me propongo decirlos. Repito que hay en el país grandes y poderosísimos elementos afectos á la dinastía caída; y hay además bastantes elementos monárquicos partidarios de la revolucion de Setiembre, que son los que vosotros estáis representando. Y en frente de este cuadro monárquico del país, bien triste por cierto, se halla amenazador el partido republicano.

Considerada de esta manera la cuestion monárquica, he debido consultar lo que mis convicciones me ordenaban hacer en tan importante asunto. Y si hubiera de reducir la cuestion á los estrechos límites de una cuestion personal, si hubiera de resolverse sólo por antipatías ó simpatías, debo altamente decirlo, mis simpatías están por el príncipe Alfonso. (Rumores.)

En cuestiones de esta naturaleza, yo no quiero abdicar por nada ni por nadie el criterio de mis opiniones; todos tienen derecho á emitir las suyas, como yo las mías, y ese derecho es el que estoy ejercitando. Si hay en vosotros una repugnancia hacia la raza del príncipe Alfonso, si hay contra él alguna especie de sentencia ó esa reprobacion que en mí, que le conozco desde niño, que le he considerado digno de llamarse príncipe de Asturias y que juré defenderle aun á costa de mi sangre, ¿Es esto claro? Pues no quisiera, sin embargo, que os apresurárais á formar juicio, porque aún he de decir otras cosas igualmente graves.

Empecé manifestando que si esta cuestion fuera personal, yo la resolvería de esa manera; pero como la cuestion es de interés publico, tengo también que examinarla bajo otro aspecto. Conozco que no está en el interés del país proclamar la candidatura de una minoría de modo que debo estar excomulgado por los que prescinden de esta consideracion, como lo estaré sin duda por los que la excluyen por completo. No es eso buscar soluciones por todas partes, sino cerrarse todas las soluciones.

Comprendo bien lo que son los partidos, reconozco que cuando se presenta un dilema de estos, lo útil es optar. Pero yo, con todo eso, y con pleno conocimiento, digo dos cosas: primera, que jamás haré nada que tienda á combatir al príncipe Alfonso; no hay que esperar de mí nada de eso; pero si hay algún medio de evitar á mi país nuevas guerras civiles, ese medio tendrá, mi aceptación patriótica. Estoy dispuesto á admitir lealmente todo aquello que tenga suficiente altura para labrar la felicidad de mi país y consolidar el orden y la libertad, diciendo entonces: no he conseguido lo que deseaba; pero he hecho el sacrificio de mis afecciones personales en aras de la felicidad de mi patria.

He aquí todo mi secreto; he aquí todo el móvil de mi oposicion al proyecto de ley que se discute. Si desde el principio de la revolucion el país ó una parte de él hubiera proclamado un príncipe capaz de hacer la felicidad de la patria, yo le hubiera apoyado; y si esta Cámara ó otra proclamara uno que traiga consigo el bienestar de la nacion, eso mismo estoy dispuesto á hacer todavía. Y no podéis dudar que detrás de mí hay clases considerables y muchos hombres políticos que esperan eso, que desean eso, que apetezen ante todo la felicidad de la patria y apoyarán al que trabaje para alcanzarla, pero que tienen sus simpatías por las personas mismas que á mí me las inspiran.

El Sr. RIOS ROSAS: Señores Diputados: habéis oído el extenso discurso con que el Sr. Cánovas tantas veces ha cautivado vuestra atencion y hasta conmovido vuestro ánimo por la limpieza de la frase y por la excelencia del estilo. Le he oído yo también con la misma atencion que vosotros y voy á comunicaros la impresion que en mí ha hecho este discurso; voy á deciros la síntesis que en mi juicio encierra ese discurso.

El Sr. Cánovas es ahora, como ha sido antes, enemigo de la totalidad de la revolucion de Setiembre, enemigo de la Constitucion que ha hecho la revolucion de Setiembre, enemigo de las instituciones creadas por esa revolucion, enemigo del espíritu de la revolucion, enemigo de todo cuanto hemos hecho desde que estalló la revolucion hasta el día. Eso lo sabemos, pero era bueno que el señor Cánovas lo recordara en esta crisis, en estos momentos solemnes; porque la expresion de esos sentimientos, la manifestacion de esas aspiraciones, nos servirán de mucho para apreciar el criterio con que S. S. combate el dictamen de la comision.

Pero aparte del sentido general de ese discurso, aparte de este sentido que os he revelado, y respecto del cual me parece que creéis lo que yo creo; aparte de este sentido, ¿qué ha dicho S. S. en rigor contra el dictamen de la comision? En medio de su elocuencia, en medio de su maestría, en medio de su energía de expresion, no le habéis visto circular constantemente alrededor de un solo argumento?

Esto me tranquiliza; esto prueba que el dictamen de la comision es bueno en sí y superior á las objeciones de los más agudos talentos. Pudiera S. S. haber examinado los diversos principios que contiene ese dictamen: pudiera haber examinado si el voto ha de ser secreto ó ha de ser publico; pudiera haber examinado dentro de la publicidad el mecanismo del voto; pudiera haber examinado la cuestion de si había ó no ha de haber una discusion contemporánea al voto; pudie-

ra haber examinado otras cuestiones que comprende el dictamen, y que S. S. ha dejado intactas. Todo lo que á S. S. le ha preocupado, todo lo que S. S. ha criticado, ha sido la parte aritmética, por decirlo así, del dictamen de la comision.

El orador expone aquí ciertos antecedentes históricos y personales suyos respecto á la dinastía; y luego continúa:

S. S. ha clasificado las monarquías, ó la forma de constituir las monarquías, en tres clases. Ha dicho S. S. que unas se apoyan en la noche de los tiempos, que el poder monárquico constituido de antiguo es una manera de perpetuar una dinastía. Ha dicho después el Sr. Cánovas que hay otra forma, que es la forma del plebiscito; y que hay, por fin, otra forma, que S. S. ha llamado doctrinaria, calificacion cuyo mérito corresponde á S. S., porque es original.

Pues bien, señores Diputados; yo, en oposicion á lo que cree S. S., creo con la historia en la mano, y con la historia de este siglo, dos cosas de la monarquía plebiscitaria, dos cosas completamente contrarias á las que ha sostenido S. S.

Yo creo profundamente que no se consolidan jamás esas monarquías.

Pero dado que una dinastía constituida de ese modo ofrezca condiciones de solidez, ofrezca condiciones de estabilidad, ofrezca grandes condiciones de porvenir, yo no la aceptaría jamás para mi patria.

Nosotros, monárquicos liberales, no podemos ni debemos ser menos prudentes que los republicanos de América. No; si ha de haber gobierno representativo, si ha de haber gobierno delegado, si las Cámaras no han de ser más que la delegacion del pueblo, el rey al labrarse, el rey al amasarse, el rey al constituirse no puede ser sino la delegacion indirecta del pueblo, y debe ser elegido por la Cámara para que sepa el rey que las Cámaras son instituciones permanentes; para que sepa el rey que las Cámaras son la nacion, para que sepa el rey que ha de vivir con las Cámaras, por las Cámaras y con las mayorías; para que sepa el rey que no ha de ser absoluto, sino que ha de ser constitucional; para que sepa el rey que rompiendo este pacto rasga su título y compromete su trono. (Mayben: grandes aplausos.)

Entremos ya en el argumento Aquiles, en el argumento sustancial, en el único argumento, por decirlo así, del discurso del Sr. Cánovas.

S. S. nos ha dicho que es menester, si el rey ha de tener autoridad moral, que sea elegido por muchos votos; si pues, es menester que el rey sea elegido por muchos votos, aceptad este criterio, aceptad esta necesidad, escribid este precepto en la ley que tratáis de hacer.

Ciertamente que conviene que el rey sea elegido por muchos votos; pero entendámonos; en toda Asamblea, ¿qué es lo que constituye, qué es lo que representa la Asamblea? La mitad más uno de los individuos que la componen.

Pues bien; supuesto que la mayoría representa la unanimidad, admitida la hipótesis de que la mayoría puede hallarse sola y la minoría ausente, ¿qué resulta? Que dividida la mayoría, por una cuarta parte de la corporacion se resuelven todas las cuestiones de necesidad, y de necesidad absoluta. Es un criterio que no admite excepcion; no puede admitir más que una excepcion, una excepcion contraria á la naturaleza de las cosas, contraria á la naturaleza de estas instituciones: la excepcion de buscar en la minoría, en la cooperacion de la minoría, una mayoría legal, determinando en tales ó cuales circunstancias, en tales ó cuales cuestiones que las dos terceras partes, por ejemplo, de la Cámara hayan de concurrir á una votacion, á una resolucion. Pero ¿qué resulta de este sistema que alguna vez se ha ensayado? ¿Qué resulta? Que la minoría se impone á la mayoría; que queda relajado, desvirtuado y diluterado en el principio mismo del régimen parlamentario; que la minoría manda y la mayoría obedece.

Así, pues, es necesario atenerse al régimen usual y ordinario de la monarquía; á este régimen se han atendido en todas partes.

Pero ¿se ha contenido la comision con hacer todo esto? La comision tenía otro género de objeciones de las que han hecho los Sres. Cánovas y Rojo Arias; la comision tenía que se le imputase el haber sacrificado hasta cierto punto el principio que acaba de exponer por asegurar más respetabilidad y dignidad á la eleccion de monarca. Porque, en efecto, ¿qué es lo que ha hecho la comision? La comision ha dicho: es necesario que la mayoría absoluta de los diputados den votos eficaces á candidatos determinados, de tal suerte que sin esta circunstancia no hay eleccion; es menester que la mitad más uno de la mayoría absoluta de diputados proclamados den sus votos á un determinado candidato, y que la minoría de aquella mitad más uno, votando á otro candidato, coopere indirectamente á la designacion del candidato más favorecido.

Hasta ese punto hemos llevado nuestro rigor, hasta ese punto hemos sido imparciales, hasta ese punto hemos hecho abstraccion de simpatías y de personas, y de ese modo hemos contestado á las indignas calumnias que se han fulminado indistintamente contra todos nosotros. No; no puede ser rey de España el que no tenga por lo menos el asentimiento de la mitad de los diputados que componen esta Cámara; tendrá, si, de los más el asentimiento expreso; ¿puede pedir más? ¿Quiere más el Sr. Cánovas? No podemos darle más sin incurrir en el absurdo y en la imposibilidad.

Me parece que he expuesto claramente el mecanismo del dictamen.

Para sostener el Sr. Cánovas su tesis encubierta, porque la tesis expresa, abierta, ha

sido la de que este método era malo, pero su tesis encubierta que en los últimos razonamientos de su elocuente discurso ha aparecido claramente, su tesis es que es mejor la interinidad que nombrar un rey, como este rey no sea un rey que reúna todos los votos de la Cámara, yo le digo a S. S. que si espera a nombrar rey cuando el rey haya de tener unanimidad en esta Cámara ni en ninguna otra, S. S. puede creer que jamás habrá rey en España; que caerá la monarquía y les daremos la razón a los señores que se sientan enfrente.

S. S. se extiende en otras consideraciones importantes sobre este punto, y concluye de este modo:

¿Y qué enseñanza resulta de estos hechos evidentes, palmarios, innegables? Resulta que los liberales todos nos hemos perdido, nos hemos arruinado, nos hemos exterminado, alternativa y sucesivamente los unos por los otros; y que de camino hemos matado la libertad y agotado en sus más íntimas fuentes la vida y la sustancia de la nación. (Sensación prolongada.) Pues bien; si de algo ha de servir la experiencia de lo pasado, unámonos si quiera no sea más que por un día, por una semana, por un mes, para elegir rey. Esto es lo que proponemos; esto lo que pedimos reverentemente a las Cortes.

El Sr. CÁNOVAS: Sé bien, señores, que no tengo el derecho de replicar al Sr. Ríos Rosas, y no voy a intentarlo siquiera: voy a rectificar, y empezaré dando gracias a S. S. por la manera cortés y aun benévola con que se ha ocupado de mí; pero debo decirle luego, que no me ha comprendido en varias cosas.

En primer lugar, yo no he dicho que rechazo todas las ideas y todos los principios de la revolución de Setiembre. Esto no lo puede hacer nadie. He dicho que no lo había aprobado en su realización, y que combatía la organización política que en general ha dado al país; pero desde ahora anuncio que muchos de los hechos que ha llevado a cabo quedarán siempre aquí como derecho constituido.

Voy a un error de concepto que me ha atribuido S. S. Se empeñaba mucho el Sr. Ríos Rosas en hacer creer que yo deseo la unanimidad. No; yo me contento con la mitad más uno de los diputados, según el voto particular del Sr. Rojo Arias. Yo sé que la unanimidad sería absurda e imposible; pero no creo que lo sea el suponer que alcance aquí un candidato los 171 votos que obtuvo el duque de Génova; y D. Fernando de Portugal hubiera obtenido en esta Asamblea unanimidad o casi unanimidad. Lo que ha sido podría volver a ser; y si no es posible por las circunstancias de esta Cámara, lo conveniente sería disolvernos y traer otra que llegara a entenderse en la cuestión de rey.

El Sr. RÍOS ROSAS: Acerca de si D. Fernando de Portugal tenía unanimidad o casi unanimidad, en ese caso todos los mecanismos son buenos. Respecto al duque de Génova, el Sr. Cánovas ha incurrido en un ligero error. El duque de Génova no llegó a tener mayoría absoluta, y para llegar a la cifra muy alta, pero no mayoría, que alcanzó, invirtieron sus parciales un mes haciendo un esmerado diario que entiendo yo que de haber sido público y solemne habría dado resultados muy diferentes.

Otro punto muy delicado ha tocado el señor Cánovas, del cual yo no quise ocuparme antes. Dice S. S.: «Si esta Cámara no puede hacer rey, disuélvase.» ¿Y quién la ha de disolver? (El Sr. Cánovas: Ella misma.) Pues ella misma no se disolverá, porque esta Cámara tiene el sentimiento de su deber y su patriotismo, y la rey antes de disolverse.

Esta Cámara es hoy el poder supremo, y tiene la triple autoridad del sufragio universal, de la aquiescencia del país durante dos años, y la sanción de las naciones extranjeras. ¿Qué diría el país, qué diría la Europa, qué diría la historia, si esta Cámara se separara sin haber hecho rey? Esa sería la mayor de las ignominias.

El Sr. Ministro de la GOBERNACIÓN: Sin la necesidad de contestar a varios cargos y preguntas que ha dirigido el Sr. Cánovas al Gobierno, sería en mí grande impertinencia venir a turbar la elevación de este debate.

Algo más grande que esto ha sido el propósito de S. S., y que se relaciona con su posición dentro de la unión liberal y dentro de esta Asamblea.

Primera tesis del Sr. Cánovas: es bueno, es oportuno, es conveniente salir de la interinidad; pero ¿puede salir de ella y nombrar un monarca que de asiento a vuestras instituciones? Todo el discurso de S. S. se ha encaminado a negar esta posibilidad: de modo que aquí hay algo más peligroso que todo eso para la consolidación del orden y de la paz. ¿Qué incógnita es esta?

S. S. defiende la revolución de Setiembre y combate duramente la dinastía caída.

El Sr. Cánovas me permitirá que le diga que exagerando sus argumentos ha incurrido en las contradicciones más palmarias, y voy a enumerarlas. Habla S. S. de la imprevisión de los poderes públicos, de la casualidad que preside todos los actos del Gobierno; y tratando del estado de perturbación que se observa en España, nos ha dicho que data de hace cuarenta años. Pues no cuenta ese tiempo la revolución de Setiembre: quien los cuenta es la dinastía que ha venido conspirando todos esos años contra la libertad. (Aplausos.) Levante el Sr. Cánovas la cabeza, contemple esas lápidas, y verá consignado en ellas lo que ha hecho la dinastía en esos cuarenta años.

El Sr. Cánovas dice que se ha desenvuelto mal la Constitución, y que con las leyes de orden público, de ayuntamientos y de diputaciones provinciales no se puede gobernar; pero que si se gobierna, S. S. está dispuesto a prestarnos su apoyo. Sr. Cánovas, gracias por la cooperación de S. S.; pero en tesis general, ¿es cierto que con esta Constitución y estas leyes no se puede gobernar? Lo que puedo decir es, que con los principios consignados en ellas se gobiernan las naciones modernas. Tropezamos con dificultades, pero esto es muy natural en un pueblo que pasa de la servidumbre más abyecta al estado en que hoy nos encontramos, y lo que hay que hacer es procurar allanar esas dificultades.

Los Sres. Cánovas y ministro de la Gobernación rectifican.

Se levanta la sesión.

Eran las ocho.

MADRID 7 DE JUNIO DE 1870.

JUSTICIA PARA LOS LEALES DE CUBA.

Depende muchas veces la ruina de los pueblos, más que de las innovaciones que en su régimen e instituciones se rea-

lizan, de la violencia y de la precipitación que presiden en esos cambios; y sólo se exceptúan de esa regla los casos en que las transiciones tienen por objeto ahogar la anarquía y restablecer el orden alterado por la demagogia, que sólo vive y goza destruyendo la paz de las sociedades.

El hombre pensador y que se inspira en el bien, el que desea mejorar la suerte de sus semejantes sin provocar conflictos que por más que parezcan remotos, pueden traer consigo un séquito de consecuencias funestas, nunca debe aspirar a hacer grandes cosas, si para ello ha de atropellar derechos, cuando ni aun la escusa tiene de ser indispensable esa conducta de olvido a obligaciones sagradas, cuyo cumplimiento sabe que no le impedirá llenar sus buenas intenciones.

Hacer lo contrario es inferir una ofensa inmerecida a aquellos cuyos derechos se desprecian, porque equivale a suponer en ellos, la ausencia de esos sentimientos de rectitud que no son patrimonio exclusivo de ninguna escuela o de ninguna agrupación, por más inteligentes que se consideren estas; pero si vamos más allá, y encontramos que en los agraviados por ese desden, existen y se manifiestan ideas de justicia y decisión a coadyuvar a una obra digna y a la que tienen título indisputable para concurrir, entonces la ofensa no es ofensa, sino injuria que envuelve la humillación, el sarcasmo y el oprobio, y que viene a dejar una mancha sobre quienes de otras consideraciones son acreedores.

Esto se nos ocurre al contemplar la premura con que en asunto de tan inmensa gravedad como es la confección y el planteamiento de una ley que va a conmover el estado social y político de todo un pueblo, se procede hoy en una nación y por un Gobierno que obedecen al sistema parlamentario y que creieran una blasfemia todo proyecto que pusiese en duda siquiera, la absoluta necesidad de someterse a las reglas del símbolo en que sintetizan la doctrina que aquí se proclama como la expresión concreta de la verdad y del derecho; y eso consignamos hoy, alzando nuestra humilde voz, para recordar el respeto que se debe a esas reglas que no pueden cubrirse con la mano sin que aparezca escrita a través de esta, con letras bien legibles, la palabra «injusticia» reemplazando a las que estaban grabadas con tinta y que querían ocultarse.

Árdua, muy árdua es la cuestión iniciada en el Parlamento español por el ministro de Ultramar, y como a nuestro juicio se envuelven en ella tantas otras de inmensa gravedad, nos asombran la festinación de que se hace alarde y la indiferencia con que se pasa por encima de respetabilísimas consideraciones.

Nosotros que desde la infancia tuvimos la inapreciable fortuna de recibir una educación religiosa; que enseñados por los sublimes preceptos del cristianismo, nunca hicimos esclavo a un hombre, y que ni una vez alzamos el brazo para herir al que encontramos en una situación subordinada a la nuestra; que unimos nuestros votos por la extinción ordenada de un mal que hallamos en una sociedad constituida con sujeción a ciertas instituciones, y que podemos contestar como lo hacemos con el silencio y el más soberano desprecio a cuantas invectivas quieran dirigirse, por los que al mismo tiempo que ostentan un falso entusiasmo y un fingido amor por una raza extraña, son bien avaros cuando se trata de demostrar simpatías hacia nuestros legítimos hermanos, podemos con toda libertad y con la conciencia tranquila ocuparnos de un asunto que se quiere atropellar, y en el que algunos ceden acaso al arrebatado que conducen las doctrinas, y en el que otros vislumbran la esperanza de crear en nuestras azotadas provincias de Ultramar, otras conmociones que ocupen el lugar y llenen el vacío que deja la traición, vencida y humillada por los leales.

El proyecto de ley presentado por el ministro, primer paso para la desaparición de la esclavitud en Cuba y Puerto Rico, vino a sorprendernos, no porque se consignara solemnemente en él un principio que respetamos y aplaudimos, sino porque se iniciaba la reforma más importante en el modo de ser de aquellos pueblos, sin que viésemos en las Cortes sentados a los representantes del primero, que a nombre de sus comitentes viénesen a contribuir a la difícil obra cuyos resultados van a influir en la existencia o al menos en la tranquilidad de esa provincia.

Parecíamos que después de promesas

oficiales solemnes en las cuales se había públicamente asegurado que nada se alteraría allí, sin la concurrencia de los diputados de Cuba, ó mientras existiera la situación agitada porque ésta atravesaba, no era regular, ni justo provocar y llevar a cabo la innovación que más influencia debe tener precisamente en el presente y en el porvenir de ese país.

Oíamos decir que el estado de perturbación en que se hallaba aquella provincia, aconsejaba que no se provocase una complicación más, que podría surgir convocando los comicios para la elección de diputados, y que por más que no fuese sino pasajera, acaso traería dificultades y conflictos que la prudencia prescribía se evitasen. Oíamos proclamar la imperiosa necesidad de que se aplazara el cumplimiento de ese derecho, declarado incuestionable para aquellos habitantes, hasta que lucieran días bonancibles, a fin de que ese bien produjera el bien y no el mal; y como no hallábamos acertados esos argumentos y como preveíamos la posibilidad de que aquí se avocase la resolución de asuntos de aquellas tierras, leyendo esta vez con acierto en lo que era entonces para nosotros un futuro cercano y fué después un presente, esto es, que una en pos de otra vendrían a tratarse las cuestiones de Cuba, pedíamos sin descanso la venida de los diputados.

Unos contestaban que no era oportuno dar ocasión a más dificultades en una provincia trabajada por la insurrección; otros, ¡asombroso pensamiento! se oponían, porque los rebeldes, los enemigos de España, los traidores, en fin, no podían concurrir a las urnas electorales: y las elecciones no se han hecho, y Cuba, una provincia española, se encuentra sin esa representación, necesaria para tomar parte en cuanto a su suerte se refiera.

Y, ¡terrible sarcasmo! al propio tiempo que por *consideración* a su afectivo estado, por no llevar una pequeña astilla más a la hoguera, por alejarle una perturbación que no habría ocurrido, se aplazaba el ejercicio de ese derecho, aquí se planteaban cuestiones, se promovían debates y se traían a resolución particulares que pueden realmente crear en aquel suelo conflictos de inmensas consecuencias.

La prudencia aconsejaba que nada se hiciese en cuanto a elecciones... aconseja también la prudencia que hoy, cuando aún la insurrección existe, se realice la transformación de su estado social sin que concurra esa provincia a confeccionar las leyes que para efectuar ese cambio se necesitan? ¿Por ser desgraciada Cuba, se le ha de privar de esa facultad que disfrutan y ejercen las demás provincias de la Nación? ¿Han desaparecido, por ventura, los obstáculos que se decía que existían para hacer lo más? ¿O acaso está sentenciada esa provincia por una inexplicable excepción, a que se resuelva sobre su suerte por medio de decretos, porque decretos son efectivamente para ella las leyes a cuya formación no contribuya?

Se cree que allí existe esa oposición que suponen a la abolición de la esclavitud los que cada vez que toman la pluma para escribir, la mojan no en tinta, sino en hiel contra el partido fiel de Cuba, que está manchado a los ojos de algunos con el crimen de ser leal? No: no existe; y por lo mismo que los que de ese modo le calumnian tienen esa convicción en el alma, se afanan porque no vengán aquí los diputados del pueblo leal a dárles con su conducta digna el terrible mentis que no quisieran oír a la faz del mundo.

No hay justicia para imponer a ninguno lo que es justo, cuando este está pronto a contribuir al cumplimiento de esa justicia; y la imposición irrita y ofende aún en ese caso.

Pero nos parece escuchar el argumento que quizás se aprestarán algunos a presentarnos: «Si aceptan, si reconocen, si convienen en esa justicia los habitantes leales de esa provincia, ¿qué más da que sin su intervención se forme la ley, qué agravio les puede traer lo que ellos mismos aplauden y desean?» Vamos a adelantar la respuesta, que de seguro será suficiente para desvanecer ese sarcástico sofisma.

¿Es una verdad el sistema parlamentario? ¿Son ciertos y obligatorios sus principios? Pues entonces está vedado resolver nada que pertenezca a una provincia sin que esté representada en el Congreso nacional. Proceder de otro modo es ejercer el despotismo con las formas liberales.

¿Es acaso una cuestión insignificante la

que se debate? Es muy grave. Santo el principio é indisputables la necesidad y la conveniencia de ponerlo en práctica, es preciso discutir la forma, estudiar los medios y apreciar los elementos que deben aunarse para que sea fructuosa su aplicación y su observancia, sin pisar otros derechos que también reclaman respeto y atención.

No nos ocuparemos hoy especialmente de los grandes intereses que se juegan en asunto de tanta trascendencia: ante la vida de nuestros hermanos, ante la existencia de la sociedad, poco vale, en nada apreciamos lo que se refiera a la conveniencia individual bajo el punto de vista de la riqueza. A más alto asunto nos referimos.

Vemos en unas tierras trabajadas por la traición, rodeadas de peligros, y pobladas de elementos distintos que pueden desbordarse en violenta oposición estos contra aquellos, a un gran número de nuestros hermanos, que entre los sacrificios y los disgustos de una lucha fratricida, van a ser sorprendidos con una evolución social que hará más difícil la reconstrucción del país; tememos que la Hacienda pública, hoy en circunstancias angustiosas, venga al suelo arrastrando en la bancarrota la fortuna de todos nos asusta la perspectiva del repentino y rudo golpe que va a sufrir el crédito, base y alimento de la agricultura y del comercio; comprendemos que la paralización que puede sobrevenir en esas industrias dificultando los recursos y haciendo trabajosa la subsistencia, afecte é irrité a los mismos a quienes se va a favorecer, y que en las privaciones posibles que acaso les rodeen crean encontrar actos de hostilidad, sin comprender quizás que son consecuencias inevitables de un estado de cosas, producido por una transición violenta, efectuada sin el concurso y el acuerdo de los que, conocedores de aquel país y viviendo en él, deben ser consultados y deben contribuir a la confección de todas las leyes que hayan de adoptarse, para precaver esos males, hasta en provecho de la misma raza a que se abre una nueva vida, y cuyo interés tiene que armonizarse con el interés de la otra raza; y como no creemos que aquí existan los que a ese fin deseado pueden llegar por sí solos, y al que la propia conveniencia tiene que impulsar a los habitantes de Cuba, pedimos como ellos piden también, sin duda alguna, esa intervención que además de ser útil y precisa es obligatorio concederles, si es que se ha de guardar respecto a las doctrinas y a las reglas que forman el credo y el sistema liberal.

Hoy repetiremos lo que ayer decíamos; respetado y aplaudido el principio; admitida la conveniencia de su aplicación; resultado que ha de verificarse ya tan inmensa evolución en aquella sociedad; decidido que así ha de hacerse hoy aunque la lucha con la insurrección no ha terminado; apreciándose como insignificantes las complicaciones que en estos tiempos pueden presentarse en aquel país; nada más regular, nada más en razón, nada más indispensable que llamar a ese pueblo, oírle, convenir con él los términos y forma de la ley, y cumplir con el deber que la civilización reclama, sin atropellar grandes intereses y sin poner en inminente riesgo la vida de nuestros hermanos y el porvenir de todos los interesados en esa cuestión; porvenir que puede destruirse provocando males que después no se remediarán por más que luego se haga la confesión inútil del error.

Si otra cosa se llevara a cabo, ¿habría justicia?

LOS EMBARGOS EN CUBA.

El Sufragio Universal, que es uno de los periódicos que combate con más acritud al partido español de la isla de Cuba, inserta en su número del domingo un artículo con el mismo epígrafe que encabeza este, en el que a vueltas de violentísimos ataques contra el sistema colonial, según en América por el Gobierno español, y de numerosas acusaciones contra los acuerdos adoptados para combatir la insurrección, resucita nuevamente la cuestión de los embargos, tratada ya más de una vez en la prensa de la Península, y después de afirmar que se incurrió en un crimen condenado por la civilización, encarece al Gobierno la conveniencia de que se devuelvan cuanto antes los bienes embargados a los insurrectos cubanos, como medio de salvar la honra de la nación española y los intereses que representa la cuestión cubana.

Como comprenderán nuestros lectores, probar que los embargos hechos en virtud de un decreto del general Dulce, aprobado posteriormente por el Gobierno,

respondían a los principios más vulgares de la justicia, a las exigencias de una política discreta, y aun a las condiciones económicas por que atraviesan las Antillas, no es ni con mucho objeto de un artículo por mucha que fuera su extensión. Necesario es exponer las doctrinas que nos apoyamos para defender esas medidas, presentar las razones que la acción está destinada a producir, y claro es que no es fácil llevar al ánimo de nuestros lectores el convencimiento de esta verdad, si no dedicamos a este trabajo detenimiento que su importancia requiere.

Y téngase en cuenta primero, que vamos a refutar uno a uno los cargos que se dirijan a nuestra patria, ni a responder como se merecen las vulgaridades con que se pinta nuestro sistema colonial; juzgadas están ya en la conciencia de la opinión pública, y sería inútil producir pruebas que son conocidas hasta la saciedad de cuantos se ocupan de las cuestiones ultramarinas. Con todo, sin embargo, que existen entre nosotros quienes se dedican a calumniar a la nación española en las columnas de algunos periódicos que se publican en Madrid, y que si no dedicamos nuestros trabajos a defenderla, manteniendo propio tiempo los fueros de la verdad, porque cuando lo hemos querido concretar la discusión abriendo una extensa polémica sobre el sistema seguido en las provincias americanas por el gobierno de nuestra patria, los que decantan uno y otro y día tiranía y monopolio han renunciado a la lucha, convencidos sin duda de la injusticia de sus declaraciones.

Abandonamos por lo tanto a la opinión pública, la censura de esos groseros insultos contra los que defienden en aquellas tierras la integridad del territorio español, prescindimos de ese lujo de detalles contra todo lo que es leal, y dejemos a un lado los primeros tipográficos con que ha tratado el articulista de *El Sufragio* de revelar la picaresca intención de sus maliciosas retenciones; si tratara sólo de un artículo en que consignaran algunas generalidades, se quisiera únicamente hacer gala de tendencias radicales en cuanto se refiere a las provincias de Ultramar, quizás evitáramos el ocuparnos de esas cuestiones que nos alejan lastimosamente de la realidad con que estamos acostumbrados a discutir.

Pero se presenta una cuestión concreta, se quiere hacer eco en la Península suponiendo que los embargos obedecen a mezquinas ambiciones de unos cuantos ganosos sólo de su prosperidad personal; y justo es, aunque nuestro colega comienza asegurando que carece absolutamente de datos para apreciar el asunto, nos ocupemos con esmero de probar la equivocación de sus juicios, absurdo de sus teorías, el error en fin que revelan cualquiera de sus afirmaciones.

La primera cuestión que se nos presenta para contestar a nuestro colega, no es ya la conveniencia política del embargo de la que ya nos ocuparemos más adelante, sino la justicia misma de la disposición acordada por la autoridad, con relación al derecho y a la historia de nuestra nacionalidad.

Para *El Sufragio Universal*, el embargo de los bienes de los insurrectos cubanos ha sido un atentado, un crimen contra el derecho de todo ciudadano; para nosotros el embargo no ha sido más que una consecuencia natural de la tracción con que la por los rebeldes; para *El Sufragio* los embargos responden sólo a propósitos de explotación; para nosotros reconocen política causa el patriotismo de nuestros hermanos.

Y no se crea que afirmamos esto sin tener en nuestro apoyo más que las declaraciones de nuestro colega; conformes con nuestros juicios, de acuerdo con las doctrinas que profesamos, están los principios del derecho de gentes reconocidos por todos, la legislación positiva de los pueblos más cultos del antiguo y del nuevo continente.

Estudiéndonos los preceptos aceptados más universalmente por las distintas escuelas examinemos con esmero las ideas aceptadas en la actualidad, y se verá siempre predominar el embargo de los bienes de los enemigos, como el medio único de castigar como se merece la traición de los rebeldes y de indemnizar en alguna manera las pérdidas sufridas por el sacrificio de los leales.

Así se ha practicado en los Estados Unidos, en su gigantesca guerra con las provincias del Sur; así se ha procedido en todas las naciones que han estado en guerra con otros Estados; así es natural que sucediera, en fin, dadas las condiciones especiales de la lucha contra los insurrectos cubanos.

Cuando se trata de separar aquella importante provincia de la nacionalidad española y se acumulan recursos por los simpatizadores que residen en la Isla, para mantener la fuerza de la rebelión, ¿habían de conservarse en su poder los bienes que les facilitarían los medios de multiplicar sus amenazas contra nuestra causa? ¿Sería justo que se protegiera con las garantías del derecho que se reconocen a los ciudadanos leales, a los mismos que habían roto todos los deberes y prescindido de las más sagradas obligaciones?

Digna de respeto es la propiedad, y legítima la garantía con que se afianza la seguridad del individuo; pero cuando se prescinde de las leyes; cuando se olvidan los compromisos de la lealtad y los deberes que imponen los intereses generales del país, los gobiernos no tienen obliga-

PROVINCIAS.

Los sucesos de Cíbar terminaron felizmente. El gobernador regresó á San Sebastián, después de haber entregado á la jurisdicción ordinaria las diligencias instruidas con motivo de los sucesos. Como resultado de ellos, fueron detenidos 10 individuos, y desarmados, por resolución del consejo de disciplina, 20 voluntarios que hicieron causa común con los alborotadores.

Casi todos los veranos se queja el vecindario de Sevilla de la escasez de aguas que se viene experimentando en las fuentes públicas, y por consecuencia en las particulares. En lo poco que actualmente contamos de estación calorosa, dice un diario de aquella localidad, ya la crisis ha comenzado este año y diversos periódicos han hecho mérito de un asunto tan importante.

El colega dedica un extenso artículo á su difinición, que contiene datos y observaciones de interés.

Alfin los dos ingleses cautivos se hallan ya en Gibraltar. El ministro de la Gobernación, con sus frecuentes excitaciones, la actividad de los gobernadores de Cádiz y Málaga y el celo de los alcaldes de Ronda, San Roque, Algeciras y otros pueblos, que han mirado este asunto como cuestión de honra nacional, han dado este resultado. El ministro de la Gobernación les había encargado que no repararan en recursos pecuniarios para el rescate, ni pararan hasta hallar los cautivos, sin perjuicio del castigo que después haya de imponerse á los criminales si son habidos.

Mucho celebramos el hallazgo de los individuos secuestrados, absteniéndonos por ahora de las graves consideraciones á que este asunto se presta.

PARTE OFICIAL.

MINISTERIO DE FOMENTO.

S. A. el Regente del Reino ha visto con el mayor agrado el donativo que ha hecho con destino á Bibliotecas populares D. Domingo de Miguel, Director de la escuela normal de Lérida, de 20 ejemplares de cada una de las obras *El globo y la Agricultura*, *Programa de Agricultura*, y *El hombre y su educación*, de que es autor; dándole las gracias en nombre de la Nación por tan patriótico y generoso desprendimiento.

CAJA GENERAL DE DEPÓSITOS.

El día 8 del actual, de diez de la mañana á una de la tarde, satisfará esta Caja el importe de los nuevos resguardos talonarios expedidos por la misma, que no excediendo de 500 escudos, están amortizados por orden de S. A. el Regente del Reino fecha 31 de Enero último, y cuyas carpetas de señalamiento lleven los números del 2.901 al 3.000 inclusive.

El día 8 del actual, de diez de la mañana á una de la tarde, satisfará esta Caja los intereses por depósitos en efectos públicos existentes en la misma, cuyas carpetas de señalamiento lleven los números del 4.637 al 4.754 inclusive.

VARIEDADES.

CRÍTICA LITERARIA Y ARTÍSTICA.

INTRODUCCION.

La literatura y las artes son expresión viva del modo de pensar y sentir de los diferentes pueblos y naciones. Lo mismo en la antigüedad que en la Edad Media, tanto en España cuanto en los demás países, los monumentos de la inspiración y del buen gusto se han considerado siempre como piedras millarias que nos guían en el camino de la cultura, mostrando con peregrina elocuencia lo que ha hecho cada nación y cada siglo por el fructuoso desarrollo de la civilización universal.

En días de transición y de lucha, cuando el choque de encontradas ideas y contrapuestos deseos llega á ser tan formidable como al presente, y pone en tela de juicio hasta los más sólidos principios y fundamentos del orden moral y social; cuando el ánimo vacila y duda, merced á su natural flaqueza, deslumbrado por el oropel de doctrinas engañosas, ó fatigado y perdido entre un cúmulo de renacientes sofismas, es más necesario que nunca buscar auxilio en la sana experiencia y en la historia, para descifrar el verdadero concepto de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno, é impedir que, á título de novedades fecundas, se entronquen y propaguen principios falsos capaces de esterilizar en las regiones ideales fertilísimas comarcas.

Más fácil ha sido en todos tiempos difundir errores que acreditar verdades; multiplicar extravagancias, que producir bellezas; máxime si anda por medio el interés egoísta de los muchos que en épocas revueltas aspiran audazmente á dominar á poca costa en la esfera de la política, de las letras ó de las artes, usurpando el puesto al patriotismo, á la virtud, al saber, á cuantas dotes y prendas deben adornar al buen repúblico y avalorar al artista, al erudito, al poeta, al literato merecedor de tal nombre.

Para cortar el vicio á este mal contagioso, cada vez más invasor y mortífero, es de todo punto indispensable acudir la criminal indiferencia con que leostamos viendo crecer y pervertir la opinión, como si no tuviera la verdad fuerzas bastantes para triunfar de la mentira; como si el imperio de la luz fuese menos eficaz y persuasivo que el de las tinieblas.

A empresa tan generosa deben contribuir con el mayor empeño todos los hombres de buena voluntad, en la medida correspondiente

á la capacidad y facultades de cada uno. De no hacerlo así, mal podremos quejarnos de que la semilla venenosa prenda y arraigue en la multitud, pronta siempre á extraviarse cuando se la deja abandonada á sí misma.

Y no se diga que la extensión del mal es tan grande, que es tan poderoso el error, y tan profunda la perversión del gusto en artes y literatura, que en vano pretenderá nadie impedir sus desastrosos efectos. Cuando un torrente se desborda, y lo vemos adelantarse por llanuras bien cultivadas, amenazando convertir en cenagosos pantanos, ¿quién que no esté ciego dejará de apresurarse á levantar parapetos que lo contengan? ¿Quién no se esforzará en abrir zanjas para torcer su curso y amenguar sus impetus asoladores? Podrá suceder que la falta de medios haga imposible uno y otro, porque no siempre bastan ni la voluntad ni el denuedo para realizar áridas empresas. Pero el que sucumba en esta lucha, cumplirá con uno de sus primeros deberes y sucumbirá con honra; mientras sólo recojerá de las generaciones futuras baldón y oprobio el que, pudiendo hacer algo en defensa de la verdad y de la belleza artística, deje pasar sobre ellas las turbias olas del error, por indiferencia ó cobardía.

A fuerza de oír llamar *siglo de las luces* á este en que nos ha tocado vivir, hemos llegado á figurarnos que estamos en potencia propinqua de ver y apreciar todas las cosas con mayor claridad de entendimiento que nuestros progenitores. — Y ya que no los miremos con desden leniéndolos por gente atrasada y para poco en materias intelectuales, compadecemos su mala suerte, doliéndonos de la que les cupo en nacer cuando el pensamiento, no podía espaciarse y lozanearse, como ahora, por las esferas de una libertad ilimitada. Sin embargo, aunque hemos entrado ya en el último tercio del *siglo de las luces*, y á cualquier le es hoy dado arrojarse á discurrir sin trabas de ninguna especie sobre lo temporal y lo eterno; aunque el entendimiento y la fantasía pueden volar con la mayor amplitud por los dilatados espacios de la religión, de la filosofía, de la política, de la historia, de la literatura, de cuanto cae bajo el dominio de la inteligencia humana, todavía no hemos visto aparecer entre nosotros un arquitecto como Herrera, un escultor como Barragante, un pintor como Velazquez, un sabio como el doctor Eximio, un historiador del temple de Mariana, un poeta más fecundo que Lope de Vega, un lírico superior á Jorge Manrique ó al maestro Leon, un libro, en fin, que deje atrás y oscurezca la grandeza moral y literaria del *Quijote*.

Fenómeno tan singular llama desde luego la atención, y merece muy particular estudio; pues si se ha de proceder con justicia, quien en todo género de disciplina puede recorrer sin limitación espacios incommensurables, está obligado á mucho más que el que se ve forzosamente reducido á moverse en menos ámplio terreno.

No quiere esto decir que en nuestros días falten hombres notables en los diversos ramos del saber, ni que totalmente carezcamos de personas enriquecidas con vasta y sólida instrucción, de escritores excelentes, de insignes ingenios, de artistas esclarecidos. Mas por desgracia, los que se hallan en tal caso no suelen ser los mejor conocidos y apreciados, ni sus obras las que más andan en la generalidad ó influyen con mayor eficacia en la dirección del gusto. Por el contrario, toda obrilla baladí que lionjeea groseras pasiones, beneficiándose en provecho del autor; toda producción furtiva de circunstancias, encaminada á explotar la curiosidad ó los malos instintos del vulgo (por agena que sea á las más sencillas nociones de la moral y del arte), tiene mucho adelantado para abrirse paso, para lograr lo que no consiguen obras de mayor importancia y de verdadero mérito.

Al hacermelo cargo de la sección de *Crítica literaria y artística* en *LA INTEGRIDAD NACIONAL*, no presumo de poseer ni los conocimientos ni las fuerzas indispensables para poner díques al torrente del mal gusto, cada vez más desbordado. Pero lucharé con buena voluntad y con el entusiasmo propio de una convicción sincera, contra todo aquello que se dirija á degradar la inspiración, á falsear la historia, á entronizar ó difundir erróneos principios; en una palabra, á menospreciar, directa ó indirectamente, los fueros de la verdad y la belleza. Lucharé contra el bastardo espíritu que anima las obras del arte y de la literatura que puede llamarse *industriales*, las cuales en vez de ser casa de ilustración y síntoma de progreso, sirven tan solo para pervertir á la indolencia muchedumbre, inculcándole ideas equivocadas y habituándole á gustar de lo malo, y son síntoma infalible de decrepitud ó de barbarie.

Para conseguir el objeto que me propongo, hasta donde alcancen mis escasos medios, publicaré en las columnas de este periódico una como revista semanal del movimiento literario y artístico de nuestro país, consagrando artículos especiales á las obras que particularmente lo merezcan, y á las que se representen en nuestros teatros y sean dignas de atención.

Cuando no haya nada nuevo que deba fijarse, alternarán con las *revistas*, ya estudios sobre puntos históricos dudosos ó mal apreciados; ya artículos sobre poetas, escritores y artistas poco conocidos. También me propongo dar de cuando en cuando noticias referentes á obras raras ó de todo punto ignoradas, y hacer indicaciones y juicios de cuanto se halle en relación

con tales materias y pueda interesar al lector.

Consagrado este periódico principalmente á defender la *integridad nacional*, no ha de renegar en la presente sección ni de su título, ni de su noble propósito; antes bien lo seguirá en ella con ánimo decidido y constante. Quien que reflexione y discorra imparcialmente desconocerá cuánto pueden torcer la indolencia de un pueblo, viciar su carácter, corromper sus costumbres, y hasta llegar á anularlo haciéndole perder la fe en su propia individualidad, aquellos de sus hijos que, por ignorancia ó por sistema, prescinden de la pureza y castidad del idioma patrio, de las tradiciones, del gusto genuinamente nacional?

Sin salir del reducido círculo del teatro, bastará poner atención en la clase de espectáculos que de algún tiempo á esta parte ofrecen casi todos los de Madrid, para persuadirse de los desastrosos efectos que produce apartarse de la gloriosa tradición española. Parece imposible que cuando ha llegado á tanto en nuestros días el progreso material de la escena, y podríamos utilizarle para llevar al mayor grado posible de perfección la ilusión poética en la representación de hermosos poemas dramáticos, hayamos venido á tener por cotidiano alimento en la patria de Lope de Vega y de Tirso, de Alarcón y de Rojas, de Moreto y Calderón, el delicado pasto de creaciones como *La vida parisienne* y *Genoveva de Brabante*, caricatura aquella donde se extrema lo absurdo hasta dar en afrentosa inverosimilitud; pieza ésta en que lo inicio del fondo compete con lo indecoroso y grotesco de la forma. Pero todavía parece más imposible que semejantes espectáculos, adornados con el indispensable *can-can* (importado también de Francia con toda su indecencia, aunque despojado aquí de la gracia que suele hacerlo alla tolerable y plausible entre ciertas gentes), gocen el privilegio de atraer el mayor número de espectadores, no ya de las clases ínfimas del pueblo, sino de las que se tienen por cultas y bien educadas.

Lo propio que con el teatro pasa con otros ramos del arte. La novela, que tanto vuelo ha tomado en la edad presente, y que ofrece modelos admirables en Italia, en Inglaterra, en la misma Francia (cuyas huellas solemos seguir principalmente en lo malo), por punto general también se ha convertido entre nosotros en un género de industria. Explótanla sin instrucción ni talento escritores advenedizos, aptos para todo menos para recrear el alma y conmover el corazón con animadas pinturas de la naturaleza y del hombre; siendo de notar que la mayor parte de las novelas que se hacen leer (á fuerza de llamar á muchas puertas y de meterse en todas partes), si carecen por completo de mérito literario, rara vez dejan de profanar la moral y de hablar en chavacano estilo de cosas insulsas ó repugnantes. Olvidan los autores, si alguna vez lo han sabido, que aun siendo tales cosas verdaderas, no todas las verdades (según escribe el príncipe de nuestros ingenios) han de salir en público ni á los ojos de todos.

Pues qué diré de la historia, consagrada á narrar sucesos contemporáneos á raíz de los mismos acontecimientos? Por desgracia, difícilmente se hallará entre las de esta especie que hoy fatigan las prensas sin mejor propósito que lisonjear la vanidad de conocidos magnates ó halagar las encendidas pasiones de los diversos bandos políticos (cuando no con fines aún más trascendentales y perniciosos), una á quien pueda rectamente apellidarse *luz de la verdad y maestro de la vida*, como la llamaba Cicerón, ó de la cual sea dable decir con nuestro Pedro Megía que «ninguna virtud deja sin suloor, ni vicio sin reprensión». Los historiadores al uso van por opuesto camino del que en sus *Cartas censorias* señala el bachiller Pedro Ruá, cuando asegura que lo primero y principal que se requiere en el historiador es «que sea hombre bueno, que ame la verdad, y la diga libremente sin amor, temor, odio, avaricia, misericordia ó vergüenza».

Hasta la poesía y el dibujo nos brindan con ejemplos poco envidiables. Despojados del encanto que los avalora si se emplean discretamente en expresar nobles acciones y generosos afectos, ávidos de popularidad y de lucro, por conseguirlo reniegan de los atributos que mejor los engrandecen y realzan. Diríase que, agotada ya la pura vena de toda hermosa inspiración, apenas saben hoy más que volar

por la región satírica, bajeza que á infames premios y desgracias guía.

En resolución, el mal es grave; el remedio necesario y urgente. Cumplamos con nuestro deber. Alentemos á los que van por el difícil sendero que conduce á la verdadera gloria, mediante la realización de la verdadera belleza artística. A la turbamulta que recorre sin miramiento el camino de la literatura fácil y del arte meramente industrial, rebajando la aspiración y convirtiéndola en vil mercancia, advirtámosle que su obra es contraria de todo punto al progreso legítimo y á la integridad moral de la patria.

Si tales esfuerzos son vanos para atajar el mal que cunde y se desarrolla cada día en mayores proporciones, siempre nos quedará la satisfacción de poder decir con el gran Cervantes:

«Haga yo lo que en mí es,
Que á ser bueno me encamine,
Y haga el cielo y determine
Lo que quisiere después.»

MANUEL CAÑETE.

SECCION RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. San Pedro, mártir, y San Roberto, Abad.

SANTO DE MAÑANA. San Salustiano, Confesor.—Perseguido terriblemente á la Iglesia el emperador Decio por los años 250. Cuando se presentó á él un niño llamado Salustiano, y confesó en pública voz á Jesu-Cristo, enfurecido el tirano le mandó arrestar y sufrir varios tormentos. Puesto después en libertad y pasado algún tiempo se ordenó de Sacerdote á instancias de San Cipriano y desempeñó varios cargos que le confirió este Santo en Cartago; después se retiró á una soledad donde pasó el resto de su vida.

CULTOS RELIGIOSOS PARA EL DIA 8 DE JUNIO.—Cuarenta Horas en el Carmen Calzado, donde sigue la novena á la Santísima Trinidad, predicando D. Gregorio Montes y D. Juan Vinader.—Continúa la de San Augusto Misterio en las Arrepentidas, siendo orador por la tarde dicho Sr. Montes.—Prosigue la de San Antonio de Pádua, y predicarán: en Montserrat, D. Rafael Antero y el P. Montañán, y sólo por la tarde en San Justo, D. Jaime Cardona; en San Francisco, D. Basilio Grande, en Santa María, D. Valentin Casas; en San Luis, D. Lázaro Prieto; y en los Portugueses, Don Emilio Santa María y por la noche el mismo señor en Loreto.—En los oratorios é Italianos, habrá de noche los ejercicios acostumbrados. Se reza de la Feria IV de Pentecostés, con rito semidoble.

VISITA DE LA CORTE DE MARÍA. Nuestra Señora de la Concepción en S. Pedro.

AYUNTAMIENTO POPULAR DE MADRID.

Segun los partes remitidos en el día de ayer por la Intervención del mercado de granos y nota de precios de artículos de consumos, resulta lo siguiente:

PRECIO DE GRANOS EN EL MERCADO DE Sin operaciones

Nota:—Reses degolladas ayer.

188 vacas, que hacen... 84.031 librs. de 183 carneros, que hacen: 5.178 idem. 920 corderos, que hacen: 36.147 idem. 68 terneros.—81 corderos lechales.—britos.

Lo que se anuncia al público para su licencia. Madrid 5 de Junio 1870.—El Alcalde mero, Manuel María José de Galdo.

DIRECCION GENERAL DE COMUNICACIONES.

Segun los partes recibidos, ayer no llovó ninguna provincia.

ESPECTÁCULOS.

TEATRO DE LA ZARZUELA.—A las ve de la noche.—«El gran bandido.»—Grumete.

TEATRO DE VERANO.—A las nueve de la noche.—«Una caza de fieras.»—La Andalucía.—«El mundo en un armario.»

CIRCO Y TEATRO DE PRICE.—A las nueve.—Grandes y escogidos ejercicios de tres y gimnásticos, en los que tomarán Avolo, la familia Huline y Keith.

TEATRO Y CIRCO DE MADRID.—A las ocho y media de la noche.—La ópera en actos y cinco cuadros «Mignon.»

MADRID.—IMP. DE LA INTEGRIDAD NACIONAL calle de las Dos Hermanas 17

ANUNCIOS.

BOMBA QUÍMICA.

LA INVENCIÓN MÁS IMPORTANTE DE ESTE SIGLO PARA EXTINGUIR INCENDIOS.

Patente de Agosto 29 de 1869.

La inmensa destrucción causada por los fuegos ha llamado la atención pública al modo inadecuado y poco efectivo por los cual se se apagan hoy los incendios, y nada se había descubierto que llenase las exigencias de aquel peligro, hasta la invención de la *Bomba Química* la que después de pruebas muy severas ha establecido su reputación sin rival, como aniquilador completo del más voraz elemento.



Sus ventajas son las siguientes:

- 1.ª Son sencillas en su construcción y pueden ser cargadas por hombres ó muchachos, y en ausencia de estos por mujeres.
- 2.ª La composición extinguidora no mancha ni destruye géneros ó muebles y puede permanecer años en sus latas sin perder sus cualidades.
- 3.ª La bomba se puede emplear, cuando no está cargada, en el riego de jardines, calles, huertas, etc.
- 4.ª El pitón de la manguera es de 1/4 de pulgada y puede apagar el fuego mayor que se presente; por consiguiente la cantidad de agua usada, es sumamente pequeña, evitando de este modo las averías ocasionadas por exceso de agua.
- 5.ª Como el gas se hace con el calor del fuego, ninguna parte de la composición se desperdicia en su trayecto y toda su fuerza actúa sobre la llama con terrible potencia, creando un elemento destructor.
- 6.ª Esta máquina es de un valor inestimable para los talleres, depósito de los caminos de hierro, almacenes, buques, parques de Artillería, etc.; arroja una corriente de agua bien dirigida sobre 75 pies de elevación y siendo la manguera de bastante extensión puede recorrer: 7.ª Siendo su volumen pequeño, puede conducirse en las acémilas de los ejércitos en camiones explosivos: en los buques de la marina de guerra, esta máquina es de todo punto indispensable, y es de suponer que los gobiernos exijan como cláusula de seguridad el llevarla á su bordo todas aquellas embarcaciones que conducen carga humana.
- 8.ª Cuando el fuego es producido por sustancias inflamables y de difícil dominio, es conveniente que además de la carga en la cámara de aire se eche una en el estanco del agua.

Depósitos.—Baños Viejos, 17, Barcelona.

IMPORTANTE SOBRE CUBA.

VOTOS DE UN ESPAÑOL

D. RAMON MARIA DE ARAZTEGUI, ABOGADO.

Folleto de 150 páginas en 4.ª, escrito en Cuba, y en el que con antecedentes del descubrimiento se patentiza que la traidora insurrección de Cuba, dada la innegable prosperidad de la isla, no ha tenido otro móvil que la maldad de unos cuantos ambiciosos y desnaturalizados de sus hijos, mal avenidos con la protección que han tenido allí los hombres honrados: contiene todos los sucesos desde el estallido de la traición, con pormenores y comprobantes curiosos para la historia, y entre otros puntos más expone las reformas políticas y sociales que realmente necesitan las Antillas. Se vende á 6 reales: librerías de Lope, calle del Carmen; Durán y Bailli-Bailliere.

LAS BUENAS NOVELAS.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

Se publica cinco veces al mes, los días 6, 12, 18, 24 y 30, desde primeros de Mayo. Cada número consta de un pliego doble folio, con 8 páginas á 3 columnas de letra compacta, ilustrado con dos grandes é interesantes grabados.

Precios.

Tres meses, 15 reales.
Seis idem, 26.
Un año, 48.

Para hacer la suscripción se remitirá su importe en sellos ó libranzas al Administrador: D. Diego Fernandez, imprenta de la Revilla, Médica, Bomba 1, Cádiz.